

Sta

II - 24

26 FEB 1943

Virginia Blanco

San Javier

Con 10-07

Señorita
 Virginia Blanco
 Talca

Querida Virginia:

Si dijera que me ha estropeado su carta, mentiría; me ha desconcertado, así como suena, me ha desconcertado por completo. Hacía quince días que la esperaba; ¡confieso injerentemente que al romper el sobre sentía una emoción que no podía dominar. Mil gracias por el donoso concepto que se ha formado de su amigo; para Ud. yo no soy, por lo que veo, un hombre serio, sincero, capaz de sentir un amor que salga de la vulgaridad y no tenga ese matiz medioano y tonto de todos estos amores chilenos; para Ud. soy un hombre casquivano, con cierto empaque de terror que se convierte en publicar a los cuatro vientos la correspondencia que recibe, etc mil gracias, vuelvo p. respeto, estimada amiga, por la apreciación elevada que se ha formado

de mí. En realidad, no me doy cuenta de ese cambio tan brusco en su modo de ser. Creí encontrarle en un alma apasionada de mujer, para quien lo que hubiera de novelesco, de raro, de sentimentalmente platónico en lo que llamaba ya nuestros cariños, fuese un atractivo más; pero veo que pocas raíces ha echado en su corazón esta divina semilla; puesto que Ud. no exagera al confesar que casi no recuerda su fianciería. Yo, en cambio, la recuerdo a Ud. perfectamente: la veo en ^{mas} los preciosos detalles desde el día en que la conocí en uno de esos cariños que van a la estación, de aquel viaje en tren, de la función de teatro en que Ud. tomó parte, recuerdo hasta el color de los trajes que Ud. usó; y si de todo ello tengo tan exacta visión, no exagero al confesarle que recuerdo su cara como si la hubiera visto ayer. Hasta he oído e he a veces una gran desconfianza que posiblemente la habrá causado, de incredulidad, porque he notado que es Ud. muy invidiosa, mi querido amigo,

pero de la cual es seguro J. Lagos. Voi a contarla tal como pasó. Habia visto en la calle una chica que se parecia mucho a Ud., no precisamente en las facciones, sino en la expresion, en el modo de mirar, en cierta gracia de conjunto. Creyendo equivocarme, mejor, temiendo que mi corazon me engañare, invité un dia a Lagos, contándole que la primera vez que vi a la chica creí verla a Ud. Lagos la vio en realidad; y he aquí sus palabras:

— Parece increíble que Ud. haya visto el parecido. Aunque hubiera pasado veinte veces delante de mí, no lo habria notado.

Justame por quitale: cuando se siente esa simpatia súbita, luminosa, irresistible en que el corazon dice con elocuencia en su latin precipitado: esa mujer que acabas de conocer es el alma que has nacido para comprenderte; no pienses ni calcules, porque yo tengo razon; consuélate al pensar que la has encontrado con todas las ventajas que

pudimos desear: surdoto, inteligente,
 bella; libre, quien sabe si mi suavidad
 de amores desgraciados en su alma;
 cuando se cuenta esa simpática pichita,
 vuelvo a repetir, que yo no habia sentido
 nunca, pero que habia sonado mu-
 chas veces, el alma se llena de con-
 fianza. Eso por blesmente fue lo que
 me hizo tan audaz que casi le enseñé
 mi cariño; sin embargo, una in-
 tidumbre punzadora me subestaba,
 habiéndole querido pasar por encima de
 la conciencia ~~mis~~ sociales, como
 a su lado; i ardentemente vacía mi
 alma de todas estas cosas. Las dos veces
 que estuve en las famias, fueron para mí
 un suplicio atroz: estaba a dos pasos
 de quien adoraba; i no podia hablarla.
 ; Cu quien plaus recuerdo haberle visto
 aparecer cuando aquellos gravetones
 bomberos provincianos, vestidos de
 mamamuchos, decian idioteces inlen-
 mes. Recuerdo que al. tres' el pisanos,
 que se cruzaron algunas palabras entre

nosotros ; i que se fue rapidamente.
 Sentí un desconsuelo muy parecido al
 que acabo de sentir leyendo su carta:
 élle no siente lo que yo, no puedo hacer
 que me enepione i me quiera, porque
apareceria ridicula una declaracion de
amor cuando apenas se conoce a una persona,
 i rebosando ardiente ternura, dominábala
 con una tranquilidad que era un dolor pun-
 zante. No sé si aparezca raro o sentimental
 ante sus ojos ; pero soy sincero i lo confieso:
 le quiero con toda mi alma apesar de su
 carta de ayer. Ud. es dueño de creerlo o no ;
 lo único que puede decirle, sin que
 esto suene a recriminacion o reproche, es que
 su carta uetuna me ha llenado de amargura
 ; Cree Ud. posible que yo haya entregado
 a alguien sus tarjetas ? ; a quien, en San
 Javier ? El pueblo me es casi descono-
 cido ; con mis paucitas nuestras rela-
 ciones no tienen cordialidad de nin-
 guna especie. No se las envío porque es-
 sena empennecerme ante mis propios
 ojos. Ud. debe creerme: ellas están en

mi poder. No han salido nunca del
piso, i no saldrán si no es Ud. quien
me los quiere. Faltoy Ud. me he herido
inmuneblemente: quiero creerlo así. Cuando
ya esperaba que me dijese: venga Ud. para el
sábado próximo, me dice que no recuerda ni
fisonomía, cuando yo le avisé cariñoso-
mente que le he dedicado una de las novelas
del libro me dice Ud. que no tiene intere-
res de pedirmele; para concluir final-
mente se despide Ud. hasta Diciembre. No sé por
qué, Virginia, aquel verso tute i des-
consolador de Leopardi aparece en mi me-
moria: desgraciado de ti, porays humano,
si tu primer amor es tu primo besugano
¿lle equivocas? ¿Me tiene Ud., aunque sea ^{un} acor-
dado de mi casa, alguna simpatía espiri-
tual? Pienso que mi pena sería real
i dolorosa si no fuera así.

La saluda cariñosamente,

Mariano

XI - 17 d. 1912.

